



“Americanos” llamaba el cura Hidalgo en sus proclamas a quienes todavía no era capaz de nombrar mexicanos. Y es que de alguna manera la idea de americanidad precede entre nosotros —del Bravo hacia el sur— a la idea misma de nacionalidad. Antes de que muchas de nuestras naciones se conformaran política y físicamente en modo parecido al que tienen hoy, la idea de un mundo americano estaba en la cabeza de tantos pensadores y de tantos hombres de acción.

De Bolívar al Che Guevara, o de Andrés Bello a Carlos Pellicer, el sentido de una gran nación nuestra ha presidido actos y obras. Son multitud los grandes hombres de nuestros países que se han sentido ciudadanos latinoamericanos. Es sintomático que la euforia continental crezca cuando alguna nación se encuentra en el trance de una sacudida social en la que avisa un futuro mejor; los pueblos hermanos ven en ella a un guía, y ella se siente generosa ante la posibilidad de hacer partícipes a otros de un porvenir promisorio.

La historia no pocas veces ha desmentido la creencia en la unidad latinoamericana. La naturaleza misma parecería negarla. El diferente pasado precolumbino, la vida colonial —ya de riqueza, ya de lucha tenaz contra el medio y contra los hombres—, el siglo diecinueve, violento o calmado, revolucionario o reformista, y una época reciente estable o agitada: muchas veces nuestras naciones han ido haciéndose en la historia por caminos diversos y han llegado a situaciones diferentes aun desde el punto de vista étnico. Ciertos procesos similares en sentido y en tiempo, una situación de dependencia del exterior, ciertos problemas sociales nunca resueltos y siempre presentes: elementos para conformar la unidad. No quita que quien piense deslindar ésta tiene que considerar mil y una salvedades, tiene que pasar por alto detalles, agrupar zonas y regiones.

Algo, sin embargo, es constante y común: el pensarnos como unidad, por encima de las tan grandes diferencias y de la dificultad de comunicación directa entre nosotros. Terquedad heroica que

ha llegado a constituir por sí misma la unión —así no hubiera otros elementos—; aventura imaginada que ha edificado una realidad. Por ella la América Latina es una hacia dentro —para nosotros— y hacia fuera —para los demás.

Frente a lo otro, frente a los demás es como nos hemos definido y nos hemos construido. Las respuestas en el proceso de autodefinition han sido muchas y diversas: se mueven alternativamente entre un abrirse hacia el mundo europeo (o en fechas recientes estadounidense), en un deseo de no perder paso y sentirse a la altura de los tiempos, y un cerrarse sobre lo propio, en un intento de salvar la individualidad. Entre el susto y el regodeo.

Desde la “disputa del Nuevo Mundo” —desde siempre— esta América se ha visto negada. Somos pueblos con un problema originario de identidad. Inquirir por nuestra cultura, su realidad, su vigencia, su futuro, equivale a inquirir por nosotros mismos. ¿Quiénes somos? es la pregunta existencial por excelencia, que no podemos no hacernos a cada instante. No sólo las respuestas explícitas: de hecho toda obra de arte americana, toda reflexión y toda acción profunda han sido una respuesta al problema de definir nuestra cultura, y un proyecto al futuro. Y al serlo, nos ha ido constituyendo. Quizá sea ésta la mayor aportación que nuestros países hayan hecho a la cultura del hombre. Incluso los propios —pocos— detractores se deben entender como casos extremos de la gran aventura común.

En ocasión de la Segunda Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural que tendrá lugar en la ciudad de México en febrero de 1972, la *Revista de la Universidad de México* (institución huésped) reúne en esta entrega doble una serie de materiales solicitados a personas de varios lugares y variadas opiniones, que en uno u otro tema, en lo particular o en lo general, se plantean el problema de la cultura y la sociedad latinoamericana. El número de la revista debe verse en conjunto como un aporte a la reflexión sobre el grande y eterno debate de nuestra identidad.

JORGE ALBERTO MANRIQUE